

REVISTA MEXICANA DE  
**LITERATURA**

Alberto Hoyos

*Canción*

José Carlos Becerra

*La hora y el sitio*

INES ARREDONDO

*Mariana*

ANGEL RAMA

*Lia es distinta*

JOSE REVUELTAS

*La sinfonía pastoral*

Héctor Manjarrez

*Isaac Babel*

Theodor W. Adorno

*Opinión y publicidad*

**5 - 6**  
**MAYO - JUNIO**

1 9 6 5

## ANGEL RAMA: *LIA ES DISTINTA*

—¡Y esos son tus amigos!

Desde que salieran del teatro, en silencio esperaba la frase, con una tensión que ahora, súbitamente, dio paso a la calma. Se aflojó, reclinándose en el asiento. Chupó del cigarrillo, y, contemplando los autos con luces apagadas estacionados en la rambla, volvió a pensar en los que allí dentro se estaban amando, repitiéndose el deseo de estar allí, con ellos, de saber cómo era en los otros el amor clandestino.

—¡Cómo podés soportar esa sociedad! No hablo de sus trajecitos a la moda; gente tan falta de escrúpulos morales, quiero decir, gente tan —buscó y al fin puso en la frase incoherente la palabra— impúdicos.

Ella no movió los labios pero interiormente sonrió de la grandilocuencia. (“Una gallina puso un huevo dorado sobre un almohadoncito de terciopelo azul que habían dejado olvidado en el piso de tierra del gallinero”).

—Actúan en público como si estuvieran en el cuarto de baño. ¿Cuesta tanto un poco de dignidad? Sí, se trata de eso. Pero no son ellos los que me importan. Que hagan lo que quieran. Pero tú, ¿qué hacés ahí, con ellos?

No la miraba, pero ella sí, sorprendida de su enojo, y más, de su mucho hablar. A la luz del tablero, de los fugaces faroles de la rambla, la cabeza asumía su aire de bronce solemne: se perdían algunas arrugas, se acentuaban los rasgos enérgicos, el impecable aro blanco de la camisa, y volvía a hacerse evidente algo que diez años antes no hubiera sospechado: que era un hombre joven, que a los 56 años aún se es joven.

—Que te dejés besar por todos esos, en público.

—Ya es como darse la mano, papá. No da para escandalizarse —dijo y ahora sí sonreía condescendiente, irritándolo.

—No me escandalizo. Me repugna lo promiscuo.

—Hasta Jorge lo hace —agregó con acento, ¿triste, escéptico?— Y yo misma, cuando lo encuentro, lo beso en la mejilla —y la palabra quería decir la cicatriz rugosa donde los labios tocaban la aspereza de la carne endurecida, por un segundo fugaz que ya no causaba aquella exacerbación dolorosa del deseo y sólo dejaba un leve desagrado como si se hubiera besado un insecto quitinoso pegado sobre la cara que siempre olía a alcohol. El tardó en contestar; ella aceptó el “sentido pésame” de la pausa.

—Con él es distinto.

—Sí, es distinto —repitió y sintió ganas violentas de rebelarse. Manoteó un cigarrillo de su cartera para encenderlo con el pucho y vio que las manos le temblaban. Otra vez tenía miedo, volvía a sentirse acosada y por lo mismo quería largarse afuera, como el pucho que tiró a la noche, irse tras la pareja que descendía a las rocas a pedir que la dejaran entre los dos. (“Erase una jaula con dos lindos pájaros verdes, un feo pájaro negro y una sola cama para los tres”).

—Fumás demasiado —dijo, sin mirarla. Y es tabaco negro.

—No es de mujeres, querés decir.

—Ya nadie sabe cuáles son las cosas de mujeres y cuáles las de hombres —y después de una pausa, nuevamente con el tono neutro. Es por tu bien, Tere. No irás a pensar que tu padre quiere hacerte daño.

—No papá, no lo pienso. Dejemos esto.

Pero no podían dejarlo. Ella se apretó una mano entre las rodillas huesudas y retrajo sus largas piernas flacas, pensando que hasta Carrasco sólo quedaban veinte minutos, y cuando el padre atacó en el tono discursivo que usaba en las reuniones del directorio, alto, persuasivo, modulado y atento para todos, se creyó salvada.

—No es que la obra sea una indecencia, que lo es, estarás de acuerdo conmigo. Lo que subleva es que se retraten ellos mismos. Como si no les bastaran las pequeñas porquerías a que viven dedicados y necesitaran exhibirlas en público. Esto es

lo que les produce gusto, y esto es sórdido, es impúdico. Y anormal, desde luego.

Los ojos en el campo de luz de los faros y la noche que giraba alrededor bamboleando la costanera, el mar, algunas estrellas, tamarises, las fachadas oscurecidas, alguna raya luminosa sobre el agua; un perfil repetía al otro, uno macizo, grande, el de ella magro, afilado. Sobre la luz del escenario aquella marioneta grotesca con la cara empolvada y el pelo recogido como una javanesa: otra figura ridícula, eléctrica, que habló y de algún modo supo que esa era ella, al menos para Marcos. Y para sí misma que se había reconocido, en un repentino acceso de pánico. Miedo de Marcos, de su sonrisa afectuosa, del modo de enlazarla por la cintura y aproximar la cabeza cómplice para preguntarle al oído cómo estaba, y la sensación viscosa de sentir, tras la mirada ingenua con que él abría el camino a la confidencia, forzando la más provocativa, una frase para él y no de ella, la veloz cinta grabadora que sólo se detenía en la frase más insolente. "Seré una ansiosa, pero la culpa es de la poca capacidad operativa de los hombres". ¿La habría dicho alguna vez? En qué ocasión, con qué cantidad de gin o en qué diálogo burlón, el brazo de él rodeándole los hombros, la sonrisa buena aceptando todo como en un juego o en aquel fin de semana que le concedió, el único, a desgano, en un balneario del este, no sabía ya dónde ni por qué ni en qué momento. Pero debió decirla: en cuanto la oyó lo supo; debió enrojecer y desde el palco de enfrente Marcos le sonrió, cómplice y divertido como el niño que acaba de arrojar la palabrota entre los mayores.

—Y esa... esa loquita, Elena, que se reía en el intervalo y lo gritaba delante de todos, que la habían hecho igualita que hasta le habían conservado el mismo nombre. Linda generación. Y ese don Juan de esquina que se pavoneaba por el hall contando cuentos de loros, feliz porque le estaban haciendo publicidad a su machismo. Y pensar que el tal Carlos es ingeniero.

El bueno de Carlos haciendo sin cesar sus historias naturales para divertir y distraer a los amigos, para que, burlándose de la situación ridícula, pasaran sobre la humillación del foco repentino apuntando a las caras: "Eran nueve, entre gallos y

gallinas, que se aburrieron del paraíso. Sólo con diez será perfecto, y abrieron la puerta del gallinero a un zorro hermafrodita”.

Pero no era Carlos quien le ofrecía el apólogo del loro que quiso ser artista, sonriéndole entre la luz, entre el canto del balastro que golpeteaba sobre la carrocería, sino su padre con el gesto generoso y a la vez gobernado, con toda la serie de puertas entreabiertas o directamente cerradas.

—Decime Tere. ¿Estoy tan viejo como para que ya no los comprenda? Soy una antigualla de museo, o esto es realmente una indecencia. No quiero disputar contigo Tere. Sólo quiero que me digas, honradamente, si tú crees que está bien.

—Yo no entiendo mucho de esas cosas, papá. Tendrías que preguntárselo a Marcos: para algo es el autor.

—Un afeminado.

—Un zorro malo, eso es —corroboró abruptamente. ¿Me dejás prender la radio? —y cuando sintió la frase rítmica de una zamba brasileña, le pareció que la angustia se disolvía.

—Lo que te puedo asegurar es que ninguno de mis amigos es así. Los estás juzgando por lo que viste, o sea con los ojos de ese afeminado como decís. Pero ninguno es como Marcos cree que son: ni Elena, ni Carlos, ni Lía. . .

—¿Cómo Lía? ¿Qué tiene que ver Lía en esto? —preguntó. No estaba en el teatro y eso me alegró, que no se prestara a participar de una cosa sucia. Porque Lía es distinta.

—Sí, es distinta— asintió rápidamente y sobre el rompecabezas entreverado de la noche vino al escenario de luces la actriz ridícula que la imitaba con una voz siempre en falsete, chirriante, como si alguien hubiera podido tolerar la amistad de una criatura tan estúpida y tan hiriente, pudiera entregarse a una mujer tan poco atractiva. Y enfrente de esa pobre imitación vino la auténtica Lía con la suavidad y la belleza que a todos pasmaba, la hipócrita de Sacré Coeur que decía Marcos cuando la veía partir de la reunión tirándoles un beso y pidiendo que no la criticaran demasiado; vino Lía en persona en el salón de té, esa misma tarde, brillando impávida entre las codiciosas miradas de todos cuando ella llegó retrasada a la cita y desde su asiento le sonrió y no había duda de que reinaba; vino la precisión fría de la tarde al ponerle en la mano la

llave, mirándola fijo con los ojos de muñeca inocente, observando con toda suavidad si aguantaba el golpe.

Caymmi cantaba dulcemente y ella dulcemente hubiera querido besar a su padre, como de niña, poner la cabeza contra su hombro y los dos juntos ponerse a olvidar yendo noche abajo. Ni Marcos ni Lía eran malos, quizás, pero era hora de partir. Y sintió, como un pujo en el pecho, que ese hombre a su lado no era simplemente su padre, que era Manuel, un viejo, querido amigo. Puso su mano escuálida sobre la grande que apretaba el volante.

—Quiero que me creas, que mis amigos no son así como los viste.

—¿Cuál era Lía?

—No; ella no estaba. Marcos no se atrevió.

—Ya ves, Lía es distinta.

Ya era inútil, ya era tarde. Pero quién no se engañaba con ella si bastaba rozar su piel apetecible, levemente tibia, verla mover las pargas pestañas sobre los ojos claros, sentir la vida de su cuerpo ofrecido. "Extiende la mano con la palma hacia arriba", le dijo, y ella contestó, metida estúpidamente en la red, siguiendo el viejo juego: "¿Vas a averiguar por cuánto tiempo te querré?" Lía puso su puñito apretado sobre la palma huesuda, la miró atentamente con su sonrisa más cómplice, dijo, "Sé libre" y le dejó caer una llave niquelada.

En los restaurantes populares de Malvin todavía quedaba un público adormilado que bebía cerveza bajo luces de neón. Encendió otro cigarrillo con el pucho que le quemaba los dedos, y cuando el auto trepó la cuesta y comprendió que ya quedaba poco tiempo, apagó la radio para encarar a su padre.

—Hablemos de lo que te preocupa. Es mejor hablarlo.

—¿Qué?

—Que en la obra haya una mujer de mi edad, que esté divorciada de un hombre borracho, como Jorge, que tenga dos hijos y que continuamente ande cambiando de amante, no quiere decir que esa sea yo ni que el marido sea Jorge ni que yo sea una puta.

—¡Tere!

—Sí, digamos todo papá. Algo sabías, alguien te avisó y no me extrañaría que fuera Lía, cuando decidiste venir al tea-

tro conmigo. Nunca lo hacés. Una mujer divorciada, a mi edad —son 34, lo sabés bien— no es ya una niña. Pero tampoco soy esa prostituta barata de la obra.

—No me gusta que hablés de estas cosas y de ese modo.

—A mí tampoco. Sería mejor que engendráramos hijos a los cincuenta años y que así no hubiera modo de verlos crecer ni de que ellos nos vieran en nuestras vidas adultas.

—Todo depende de la vida que se lleve. No creo haberles dado esos ejemplos, ni a tí ni a tu hermano, y yo soy viudo hace años.

—No papá. Pero yo soy distinta y el pobre Roberto también. Yo al menos, y Roberto mucho más, no tenemos fuerza para juzgar a nuestros hijos. Sería una hipocresía.

—¿Querés decir que yo sí lo soy?

—No, no. ¡Qué difícil es entenderse! Tu eres, no sé, de otra época. Nosotros, simplemente somos desgraciados.

—Algo hay de verdad: es una generación de débiles, sin energía moral. Ahí tenés el espectáculo penoso de tu hermano.

El auto giró rechinando sobre la grava de la avenida y penetró por la alameda de altos eucaliptos entre los cuales se colaba la luna, para detenerse frente a la casa blanca. No bien frenado, ella se arrojó fuera, respiró la noche húmeda de incipiente primavera, sintiendo y regustando el olor de las retamas, por encima de las emanaciones del eucalipto y los pinos. Su cuerpo proyectaba una escuálida sombra, y aun bajo la luna su cara cetrina parecía oscura como era oscuro su pelo pegado a la cara y sus ojos furiosos. La frase despectiva le había encabritado el corazón que casi saltaba bajo los huesos del escote. Roberto era más que su padre, más que lo que fue su marido y los hombres que había conocido después, sin duda más que ella misma, y cuando la llamaban de madrugada para ir a buscarlo a un cafetín portuario y estaba tirado en el suelo, borracho, golpeado, robado, y había que llevarlo y cuidarlo sin que su mujer lo supiera, sin que su padre se enterara, y él iba a su lado, en el auto, vomitando, diciendo incoherencias y llorando y cuando llegaba el alba y su cabeza cubierta de tira emplástica, de moretones, demacrada, despertaba un momento sobre la almohada blanca y musitaba, intentando sonreír, "Teresinha", entonces ella sabía cómo era el amor y cómo era la pie-

dad. El intocado Roberto de su adolescencia, el compañero, mayor, de aquella vida áspera, independiente, los años jóvenes de la estancia.

—¿Tenés llaves?

Se acercó abriendo la cartera; rebuscó y sacó un manojito que le extendió. En el fondo vio brillar la llave niquelada que Lía le pusiera sobre la mano. La extrajo, la apretó en el puño como un talismán, casi asustada del rencor que la movía.

—Entra Tere —su padre, grande, el hombre poderoso y seguro le hacía un gesto desde la puerta abierta.

Se detuvo junto a él y le ofreció la llave, mirándolo a la cara:

—Lía me la entregó esta tarde, para que te la devolviera. Me pidió que te dijera, "Sé libre"; que no volverá más por tu apartamento. Y aunque sea distinta, no intentés buscarla: está entusiasmada con un chico, y en esos casos puede ser muy cruel. Como la Marilú de la obra de Marcos, ¿te acordás?